

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 " " " " " " " "	1 pta.
100 " " " " " " " "	5 " "
500 " " " " " " " "	25 " "
1000 " " " " " " " "	50 " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»
(JESUCRISTO A SUS DISCIPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Director de EL AMIGO DEL POBRE — Gijón.

La rruiseñora

(DIOS CASTIGA SIN PALO NI PIEDRA)

La tarde comenzaba ya a hundirse entre las sombras de una noche tormentosa.

Aburrido e indeciso me eché por esos barrizales a sacudir algún tanto la enervante pesadez que sentía, y sin darme cuenta me encontré paseando por el único camino que los ocho días de lluvia habían dejado algo transitable: el camino del cementerio.

Cuatro viejos que iban, más que a pasear, a tomar posesión de su futuro domicilio; tres o cuatro rapazuelos que corrían por el fango de la carretera, sin peligro de ensuciarse los zapatos: he aquí lo único que mi curiosa vista encontró para espaciarse; total, tan aburrido como al salir de casa.

De pronto mis ojos tropezaron con algo que comenzaba a cortar la monotonía del paseo. Por un extremo de la cuesta vi acercarse hacia el campo-santo cuatro hombres que llevaban en hombros una camilla de la Casa de Socorro.

Los españoles nos chiflamos por espectáculos trágicos, y una camilla camino del cementerio siempre evoca la esperanza de algo lamentable que poder contar en la tertulia con qué satisfacer el hambre canina que devora a los lectores del diario.

Aligeré, pues, el paso, y antes que la fúnebre comitiva hubiera atravesado el dintel de la ciudad de los muertos, ya estaba yo en el cuarto del depósito.

Llegaron los hombres jadeantes y sudados, dejaron en el suelo la camilla, se limpiaron el sudor con la manga de la chaqueta y, sin ocuparse de muertos ni de vivos, comenzaron a echar un cigarro.

El sepulturero levantó entonces el huile de la camilla, y pudo ver el cadáver. Era el de una mujer joven y hermosa. En sus contraídas facciones dejábase vislumbrar lo horribles que debieron

ser los últimos instantes de su agonía. En su cuello que tenía doblado, y por entre los pliegos de su blusa azul, empapada en sangre, se veía una inmensa herida, que cortando la carótida, le había atravesado la laringe.

—¡Córcholis! ¡La Rruiseñora!—exclamó el sepulturero.

—La mesmita,—dijo uno de los conductores.

—Le han dao una *mojá* que ni los Santos Olios ha necesitao.

—Dicen que ha sido el *Mojama*.

—Otros dicen que ha sido castigo de Dios.

El sepulturero sentó el pie sobre uno de los agarraderos de la camilla, apoyó el codo sobre la rodilla, se inclinó hacia el cadáver y estuvo mirándole gran rato: de pronto se enderezó y dijo moviendo la cabeza:

—¡Recórcholis, y qué puñalá más en su punto!

¡Y tan en su punto que estaba! Como que ni el *Mojama* supo lo que hizo cuando la dió, ni el sepulturero supo lo que decía cuando lo dijo: Veréis por qué.

II

Era la Rruiseñora una cantatriz del *Café de la Juerga*; y es el caso que entre el café de la juerga y la juerga del café y los *couplés* de la Rruiseñora traían escandalizada una de las principales calles de X, a ciencia y... paciencia de alcaldes y guindillas.

De entre todos los *ellos* que le hacían la rueda a ella, fué siempre *Mojama* el niño mimado.

El *Mojama* era un punto de *mistó*; su cara, siempre dispuesta a la burla, parecía una tarjeta de desafío, y sus descomunales tufos que se le engrescaban cuando le *jervía* la sangre, le acababan de arreglar la estampa. Todas estas prendas personales cautivaron el corazón de la cantaoira, que llegó a cobrarle no sé si miedo o cariño.

Un día el *Mojama* llegó a *camelarse* que alguien decía a La Rruiseñora, a sus espaldas, lo que no se

atreveía a decirle en su cara, y desde entonces se la tenía guardada.

La noche de la horrible tragedia, y cuando La Rruiseñora llenaba con su argentina voz hasta los últimos rincones del café de la juerga, el celoso chulo, que no le quitaba los ojos de encima notó que los de La Rruiseñora, se posaban con insistencia en cierto gomosillo de cara vinosa que, sentado en primera fila, se atusaba unas cerdas rojas medio chamuscadas por el humo del tabaco.

Una sarta de notas armoniosas salieron temblando de aquella privilegiada garganta, que tan bien hubiera cantado las alabanzas de su Dios.

Dios manda en el alto cielo
y en mi garganta yo mando;
y aunque en dos me la partiera
te seguiría cantando.

El *Mojama* se revolvió en la silla, como si le hubieran picado en el asiento las cerdas de aquel rojo bigote.

Cuando ya a media noche fué desfilando la lucida concurrencia para ver cada cuál si atinaba con su casa, el *Mojama* se acercó a la Rruiseñora y le dijo algunas palabras al oído.

—No, que lo dije por ti,—respondió ella.

—Si creerás que el hijo de mi madre se chupa el *deo*! Como vuelvas a mirarle a la cara a esa remolacha con tirilla, te pego un *metto* que te dejo *cosía* a una bambalina. Y me voy, porque mi madre está enferma en la cama y me estará esperando.

III

Ya sería ya media noche, cuando salió del café la última pareja, atravesó algunas callejuelas y se metió en un ventorrillo.

A poco la voz de la Rruiseñora, saliendo por entre las rendijas de una desvencijada ventana, despertaba a todo el vecindario con unos *couplés* capaces de escandalizar a los mismos demonios.

Varias veces volvió a subir hasta el cielo aquel reto sacrilego:

Dios manda en el alto cielo...

Por fin la voz de la Rruiseñora cesó;

a la guitarra, cansada ya de a acompañar obscenos cantares, se le rompió la prima, y enmudeció también.

Horas después se abrió la puerta: apareció el gomosillo de los bigotes rojos, y detrás la *Ruiseñora*, que soltó al salir una sonora carcajada, un verdadero arpegio, el último de su vida.

El *Mojama* había estado a pie firme toda la noche a la puerta del ventorrillo.

Salir la pareja, lanzarse el chulo sobre ella y caer desplomada la mala mujer sin concluir la carcaja, fué todo un relámpago.

—Toma, cántale ahora, so...—gritó el *Mojama*, y desapareció como el rayo.

Mucho hablaron los periódicos sobre el crimen; salieron sobre el caso miles de versiones y comentarios, pero ni una misa por el alma de la pobre mujer, ni una sola oración subió al cielo por ella, para ahogar tantas obscenidades como habían subido desde aquella boca.

Dije mal. Una vieja que servía de cocinera en el café, mujer honrada según ella misma se decía, y que sólo estaba allí porque no encontraba la gracia e Dios en otro oficio, fué la única que se santiguó al oír aquel *couplé* y la que me dijo, contándome la muerte de aquella *arrastrá*:

—Señorito, cuando yo oí aquel reto contra el señor Nazareno, me *presiné* y dije *pa* mi alma. O Dios no tiene tijeras en el cielo, o esa lengua *maldecía* tiene que servir de *picadillo* pa los perros de la *caye*.

ALBERTO RISCO.

La conquista del pan

Un propagandista societario (exponiendo sus teorías con palabras melifluas y halagadoras)—Somos ricos, muchísimo más de lo que creemos, ¿por qué hay pues, miseria en torno nuestro? ¿por qué esa inseguridad del mañana en medio de las ricas herencias del ayer? Cada descubrimiento, cada congreso, cada aumento de la riqueza de la humanidad tiene su origen en el conjunto del trabajo manual y cerebral pasado y presente ¿Con qué derecho puede nadie apropiarse la menor partícula de ese inmenso todo y decir: «esto es mío y no vuestro»? (1)

—*Sentido Común* (disfrazado de obrero). Comprendo que la situación del obrero es anormal; que trabaja mucho y que gana poco, que sufre hambre y carece muchas veces de lo necesario; comprendo que esto no puede seguir así, pero ¿cómo se ha de realizar eso que han dado en llamar *la conquista del pan*?

—Aquí estoy, ¡yo te salvaré!
—¿Tú? ¿y quién eres?
—Soy... tu salvador.
—Y cómo me salvarás?
—Con el colectivismo...
—¡Ah, no, no, ya conozco esas medidas... *salvadoras*; no me seducen.

—Yo destruiré la propiedad... yo te daré bienestar y placeres...

—¡Gracias! ¡gracias! ya estoy cansado de oír esas cantinelas...

—¡Todo es de todos! ¿No quieres ser dichoso?

(1) Kropotkin.

—Bien, eso es muy halagador... ¡todo de todos! pero ¿cómo se realiza ese prodigio?

—Por medio de la expropiación?

—¿Y cómo se hará la expropiación?

—Con la revolución social... no te asustes!... no hay otro medio.

—No me asusto... pero no veo que la revolución solucione nada. Sería únicamente huir de una opresión para caer en otra.

—Estás en un error. Conozco el pueblo; cuando llegue la revolución todo se hará equitativamente. El pueblo nunca ha pedido tener la luna dentro de un cubo de agua...

—Si no fueras un fanático, creería que estabas loco. ¿En dónde has vivido hasta ahora? ¿qué sociedad has frecuentado? ¿qué hombres has conocido? pero ¿tú sabes lo que es el corazón humano? Es muy bonito imaginar que el hombre es un ángel y la tierra un paraíso donde puede fácilmente reinar la libertad, la paz y la justicia... espontáneamente; pero ¿es esto verdad? ¿es el hombre un ángel?

¡Ah! lo conozco demasiado para que no me produzca risa tu ridícula afirmación. Lo gracioso es que apoyas todo el peso de tu doctrina sobre ese falso principio de la pretendida bondad humana; y es necesario que venga el hombre mismo tal como realmente es con sus vicios y brutalidades y tire por tierra tu famoso punto de apoyo dando al traste con todas tus inaguantables teorías.

Entonces viéndote perdido exclamas muy seriamente: «Si, es cierto; el hombre es malo... bajo la opresión de este sistema corrompido, pero después de la revolución... será bueno...» Vamos que ya eso es demasiado. No queréis creer en los milagros religiosos y queréis que nos traguemos ese milagro vuestro de la conversión de todos por arte y gracia de la revolución, prodigio mucho más estúpido que todos los conocidos y por conocer.

Pretendes quitar el freno de la autoridad, y quieres que los que hoy son lobos se conviertan en corderos; quieres romper los hierros de la jaula y nos aseguras que entonces las fieras se distribuirán pacífica y equitativamente el botín que les pongas delante? ¡Ah! la revolución. Si la revolución llegara ¿qué piensas que harán esos monstruos de egoísmo que arrojan hoy sobre el mostrador de una taberna el jornal que constituye el sustento de sus hijos? contéstame ¿qué harán? ¿qué harán esos seres viciosos, crueles y brutales que, por una disputa o un resentimiento sepultan la navaja en el corazón de sus hermanos? ¿qué harán? ¿proceder entonces como ángeles? ¿quién hará trabajar a los perezosos? ¿quién contendrá la codicia del avaro? ¿quién nos defenderá de los ladrones?

—Veo que eres un *inconsciente*; prefieres seguir viviendo explotado... prefieres que continúe la miseria, el hambre y la iniquidad...

—No; anhelo salir de este estado, deseo la regeneración; pero tus soluciones no son más que disparates... y los disparates nunca han salvado a la sociedad.

Luis León.

CUENTO

Juzgado Municipal

—¡Buenos días, D. Celipe!

—Yo no soy D. Felipe. Soy el Juez municipal; que entren las personas que han pedido el juicio de faltas.

Entran dos hombres del pueblo y el boticario de la localidad.

El boticario—Pues estos dos señores salían riendo de la taberna, se dieron de palos y me rompieron el cristal grande de la botica.

—¡Este fué!

—¡No es verdad, que juistes tú!

—¡A callar! Siga usted, señor farmacéutico.

—Los he reclamado cincuenta pesetas y se niegan a pagármelas. Este es el caso.

—El juez (a uno de ellos) ¿Cómo se llama usted?

—Ay que rediós! ¿Pues no lo sabe usted? ¡Amos que esta sí que es juada! ¿Conque me ve usted tós los días en la era y no sabe usted cómo me llamo?

—Yo ahora soy el Juez y tengo que hablarte de usted y preguntarte como manda la ley: con que no me interrumpa más y responda usted,

—Pues Cirilo me llamo.

—¿Y qué más?

—Cirilo Almandras ¡moño!

—El moño está de sobra. ¿Y usted?

El otro:—Andrés García; de Aguarrón, pa servir a usted.

—¿Profesión?

—¿Y eso qué es?

—¡Qué oficio tiene usted!

—Pión.

—¿Y usted?

—Pues también pión, u bracero, o como usted quía llamalo.

—Cuenten ustedes lo que pasó.

—Pues estábamos en la trastienda del alpargatero juando al giñote, a dos riales la partida. Este cantaba las cuarenta abonico, que no le oía el cuello e la camisa y yo l'icia, digo: ¡Canta claro, moño!

—El moño está demás.

—¡Pues no pueo hablar si no lo digo!

—Pues yo le enseñaré a usted a no decir esa palabra. Cada vez que la diga usted pagará una peseta de multa. Ya la ha dicho usted dos veces; debe usted dos pesetas.

—Güeno, con pagálas, en paz.

—Siga usted su declaración.

—Decía que este cantaba las cuarenta abonico, espacio en voz bajita, y voy y le digo: ¡Canta claro, moño!

—Tres pesetas.

—Vaya, vaya, don Celipe.

—Soy el juez.

—Vaya, señor juez, yo no tengo las pesetas pa tiralas, que me cuesta mi trabajo ganalas,

—Siga usted.

—Pues este me dijo: yo canto las cuarenta con legalidá y a mi no me enseñas tu a cantar.—Pues sí que te enseño.—Mia que te doy un getazo.

—¿A mí?—¡A tu!—¡Pan! y le di una puñada en la cara y salimos enreliagos a la calle y le metí la cabeza por el cristal del boticario.

—Pagarán ustedes el cristal entre los dos.

El otro.—¿Por qué? Conque a poco me mata y todavía...

—A callar, pagarán ustedes el cristal.

El Boticario,—No, señor, yo les perdono; que no me den nada.

—Ahí tiene usted.

—¿Y entonces por qué los ha citado usted al Juzgado?

—¡Ah!

—Ellos confiesan que lo han roto;

son dos pobres trabajadores; no, señor, no, ya no tengo corazón para castigarlos.

—¡Bien hablo, moño!

El juez.—¡Cuatro pesetas!

—¡Pero, señor, Dios mío, hay paciencia pa esto!

—¿Pues no t'icen que cada vez te costará una peseta? ¿Pa qué repites?

El juez.—Ea, ya pueden ustedes irse. Pague usted cuatro pesetas y vayan con Dios.

—Ahí va un duro. Cóbrese usted.

El juez (buscando en el bolsillo)—No tengo cambio; espere usted, el alguacil irá a buscarlo...

—No hay necesidad. ¡Usted lo pase bien, moño! Estamos pagaos; hasta la noche, si Dios quiere.

E. B.

SECCIÓN AGRICOLA

El arte de regar las plantas.

El riego de la planta es operación que siempre se ha considerado difícil, a pesar de su aparente sencillez.

Presenta dificultades, porque la misma planta, que exige mucha agua en ciertos períodos de su existencia, necesita menos en otros períodos, y lo que complica aún más el trabajo, son los factores variables de intensidad, tales como el calor, los vientos, el estado higrométrico del aire, etc., que actúan con más o menos energía la evaporación del agua del riego.

Por lo que concierne a la acción de las plantas, se sabe que éstas absorben cantidades diferentes de humedad durante la germinación, la formación de las hojas, la floración y la fructificación.

Si se representa el grado, por ciento, de saturación del suelo se halla que el grado de humedad inútil varía del modo siguiente, durante la vegetación:

Germinación, de 25 a 30 por ciento; fijación de la raíz 15 por ciento; primeras hojas, 20 a 25; floración el 45; madurez de los frutos el 10 por ciento.

Del examen de estas cifras, resultan indicaciones prácticas para el cultivador que puede utilizar con provecho. Así puede darse cuenta que, para obtener la germinación de la semilla, se necesita mucha humedad y que conviene, al contrario, moderar los riegos cuando aquéllas exhiben sus cotiledones, para volver a regar abundantemente cuando empiezan a aparecer las primeras hojas. Durante su crecimiento, la planta reclama poca agua, y pide mucha cuando está en flor. La madurez de los frutos requiere una humedad muy moderada.

Debe tenerse presente que se trata, sobre todo, de plantas anuales, y no tomar al pie de la letra las indicaciones que preceden para todas las clases de vegetales, y menos aún para los árboles y los arbustos.

Muchos árboles efectúan en un mismo tiempo dos operaciones distintas: formación de las ramas y madurez de los frutos. Regándolo, pues, durante la madurez de los frutos, estos resultarán de mayor tamaño que si no se hubiesen regado.

¡REYES!

«Oid y entended. Aprended los que juzgáis los fines de la tierra.

«Dadme oídos vosotros que domináis los ejércitos y os agradaís en la multitud de las naciones.

«Por que el Señor os dió poder,

»y la fuerza os dió el Altísimo que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos.

«Porque siendo ministro del reino, no juzgásteis ni guardásteis la ley de la justicia según la voluntad de Dios.

«Horrendo y presto aparecerá a vosotros; porque ha de ser durísimo el juicio para los que presiden.

«Al pequeño se concede misericordia. Los poderosos poderosamente padecerán tormentos.

«No exceptuará Dios la persona de alguno, ni temerá la grandeza; porque El hizo el pequeño y el grande y tiene igualmente cuidado de todos.

«A los más fuertes, fortísimos tormentos se les guardan.

«A vosotros, oh Reyes, son estas palabras mías, para que aprendáis la sabiduría y no caigais.» (Sap VI)

¿Qué es la moda?

Es la amiga de sastres y modistas, que siempre tiene a la decencia en jaque, y hace un hombre de pro de un badulaque, con el poder de rasos y batistas.

Es libro universal en cuyas listas se inscriben los de bueno y mal empaque, es poder que no vale un triqui traque, y cuenta por millones sus conquistas.

Es la enemiga eterna del casado; es el bello ideal del lechuguino, el sueño del mortal descamisado.

Es el eterno lazo del destino, que hermanos hace a sabios e ignorantes, cubriéndolos con trapos semejantes.

R. L.

Charla

—¡Vaya, vaya con los católicos... del día!

—¿Qué pasa?

—Pero... usted en qué mundo vive?

—En el mismo que tú, para obrar según la ley de Dios y merecer la vida eterna.

—Pues es el caso que *D. Fulanito* ¿usted le conoce?

—Mucho.

—Ya usted ve; un señor que no pierde novena, con sermón o sin él, que va a misa todos los días, que pertenece a la mar de cofradías, que no cesa en sus conversaciones de invocar a «Dios Nuestro Señor y a su Santísima Madre» y que está empeñado en *chiflarme* como él lo está, acaba de *ponerse por montera* el sexto y el séptimo mandamiento. ¿No lo sabía usted?

—Si, lo sabía.

—¿Y no es cierto esto que le digo?

—Todas las apariencias le condenan, por desgracia.

—Pues todavía hay más.

—No lo dudo.

—Don *Mengano*, respetable por su dignidad y ministerio, sé de buena tinta que...

—Calla, no atormentes más mi corazón. También yo lo sé y lo saben

muchos. No contribuyamos a la propagación del escándalo, y compadezcamos al escandaloso.

—¿Luego entonces?...

—¿Qué consecuencias pretendes sacar de aquí? ¿Que todos seamos malos? ¿Que por qué hay quien llamándose católico y obrando como un ateo, vayamos a censurar el catolicismo? ¿A laborar contra él?

De sobra se, de sobra sabemos todos que hay muchísimos *católicos* que presentan inconsecuencias tremendas entre sus dichos y sus hechos. Que frecuentando muy devotos por las mañanas la iglesia se van todas las tardes o las noches a los cines a presenciar lo que les quieran poner delante empresarios desaprensivos. Que siendo en sus casas unos benditos e interesándose por que la religión impere en ellas, en público y gobernando, si llegan a ocupar el poder, lo hacen como el más avanzado anticlerical. Triste es confesarlo también, pero seamos justos y no tratemos de hacer pasar por buena la moneda de mala ley, sacerdotes hay, no muchos por fortuna, que tienen en bien poca estima la dignidad de su ministerio que toman como oficio y no como apostolado, que teniendo excelentes facultades, y abundantes disposiciones y tiempo sobrado para la acción social, ni siquiera piensan en ella.

—¡Ahí duele, ahí duele!

—¡Muchos son los llamados y pocos los escogidos! como dijo Nuestro Señor Jesucristo. Muchos son los que se tienen por tan católicos como el Papa y lo son a gusto del demonio. Piensen éstos aquellas otras terribles palabras del Divino Maestro:

«¡Ay de aquellos por quienes viniera el escándalo, mas les valiera que atándoles una rueda de molino al cuello los arrojasen al mar. Y el católico por el mero hecho de así llamarse está muy obligado a portarse EN TODO como tal, acuérdesese que no solo están fijadas en él siempre las miradas de los malos, para si sorprenden contradicción más afirmarse en su maldad, sino que también las de los *tibios*, los de poca fe, que deseando inclinarse más a la izquierda que a la derecha no quieren fijarse en los grandes virtuosos del catolicismo e imitarles, sino que, regocijados, señalan, como el necio, una falta por mínima que sea de cualquier católico para luego decir, «todos son iguales, yo no quiero ser católico» Es decir, que quieren más imitar al discípulo traidor que a los otros que fueron fieles y santos.

Cada cual ha de responder ante Dios de sus propios actos sin que le valgan de atenuantes las faltas del vecino. Todos están obligados a cumplir la misma Ley Santa y ¡ay de aquel que no la cumpla!

Con que, amigo mío, tu y yo, procuremos, ya que nos preciamos de católicos, portarnos en todos los actos

de la vida como tales y tendrá dos malos menos el mundo y obedeceremos fielmente al Vicario de Cristo que nos recomienda como el mejor medio de propaganda católica el portarnos siempre como buenos católicos.

—Tiene usted razón sobrada. Más puede *Fray Ejemplo* por sencillo que sea, que *Fray Parla* por elocuencia que tenga.

—¿Entonces a qué insistir más?

Para evitar la tisis

Continuando mi ya añeja labor de vulgarizar las enseñanzas de la higiene, voy a ocuparme hoy, en este retazo, de transcribir un cartel mural que acabo de confeccionar, y que publicaré en breve, para que sea fijado en fábricas, talleres, oficinas, colegios, etcétera, a fin de que todo el mundo conozca los medios más ventajosos para evitar la tuberculosis, esa plaga social que en España causa cada año, por término medio, cuarenta y cinco mil defunciones.

Mi cartel mural dirá así:

Para evitar en lo posible la tisis, es preciso conocer y practicar los siguientes preceptos:

- 1.º Usad una esmerada limpieza de vuestro cuarto y de vuestra casa.
- 2.º No escupáis nunca en el suelo, sino en escupidoras que tengan una disolución de «amidor» o simplemente agua y vinagre a partes iguales.
- 3.º No permitáis que se barra el suelo de vuestra casa en seco; haced que lo barran con escobas mojadas en agua caliente aromatizada con alquitrán.
- 4.º Elegid para dormir la habitación más grande, ventilada y, sobre todo, soleada, pues tened presente que el sol y el aire puro son los dos grandes enemigos de la

tisis, y que «donde no entra el sol, entra el médico».

5.º Lo que habríais de gastar en muebles superfluos, e indumentarias y adornos de lujo, gastadlo en alimentaros lo mejor posible, a base de leche, huevos, carnes, mantecas y quesos.

6.º Procurad, a ser posible «tomar a diario un baño de sol» paseando en el campo o lejos de poblado, a medio día en invierno, y en las primeras horas de la mañana en verano.

7.º Huid de las bebidas alcohólicas que predisponen a la tisis.

8.º Humedeced el suelo, esteras y alfombras de vuestras habitaciones, a lo menos dos veces por semana, con agua caliente mezclada con unas gotas de aceite esencial de trementina (aguarrás).

9.º Exterminad las moscas en vuestras viviendas, en oficinas, en todas partes, pues las moscas son portadoras y propagadoras de la tuberculosis.

10.º Evitad, a toda costa, los catarros de pecho, usando, aplicada a la piel, una camiseta de franela fina, y tan pronto como la tos os acometa llamad al médico, pues la tos es el heraldo de la tisis.

BIBLIOGRAFIA

La Cruzada de la Prensa

Con este título ha aparecido en Sevilla una nueva publicación, del Centro de Acción Sacerdotal «Ora et Labora», destinada a ser órgano de la Asociación de Cruzados de la Prensa.

El primer número está dedicado a conmemorar el Décimo Aniversario de la Primera Asamblea de la Buena Prensa, celebrada en Junio de 1914, primer impulso de acción general, constante y metódica en Pró de la Prensa Católica.

Es, sin embargo, lo más interesante en el mismo la sección en que se da a conocer el fecundo plan de acción de la Asociación de Cruzados «Ora et Labora».

De todas veras recomendamos a nuestros

lectores la adquisición y propaganda de este número que se vende a 10 céntimos y a 1,75 pesetas los 25 ejemplares. Es, en todos sentidos, la última palabra en la propaganda de la Prensa Católica.

Periódicos, Revistas y Hojas Católicas que se publican en España en 1914

He aquí los últimos datos sobre el número de las publicaciones católicas de España, clasificadas además por razón de la mayor o menor frecuencia con que vez la luz.

PERIÓDICOS

Diarios	72
Trisemanales	5
Bisemanales	6
Semanales	94
Decenales	4
Quincenales	20
Mensuales	19
Cuatrimestrales	1
De periodicidad desconocida	46
Total de Periódicos	267

REVISTAS

Semanales	31
Decenales	12
Quincenales	59
Mensuales	119
Bimestrales	5
Trimestrales	4
De periodicidad desconocida	77
Total de Revistas	307

HOJAS

Semanales	30
Quincenales	10
Mensuales	32
De periodicidad desconocida	65
Total de Hojas	137
Publicaciones cuya naturaleza se desconoce	39
Total de Publicaciones	750

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

Acebal, Rato y Comp.ª

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa

FUNERARIA DE

Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJON—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

Correspondencia administrativa

Sra. D.ª M. del P. F.—Borja.—Pagó el aumento hasta fin 1914.

Sr. D. L. R.—Puentearreas—Recibido su G. P. de 18 Ptas. y muchas gracias.

Sres. D. T. C. y D.ª T. P.—de Santa Ana—Pagaron a fin 1914.

LOS PREVISORES DEL PORVENIR

ASOCIACIÓN MUTUA NACIONAL DE AHORRO PARA PENSIONES

Autorizada por R. O. de 7 de Julio de 1908

TELEFONO 1654—MADRID: Echegaray, 20—APARTADO 368

Inscrita por el Estado en el Registro oficial creado por la Ley de 14 de Mayo de 1908

Desde la fundación el capital está en títulos del 7 por 100 interior y se convierten en inscripciones nominativas intransferibles, cuyos intereses se prorratean a los 20 años entre los pensionistas.—Estas conversiones las realiza directamente el Banco de España, que es nuestro depositario, y se publican por el Ministerio de Hacienda en la Gaceta de Madrid.

Empezó a funcionar en Julio de 1904, con 4 asociados y 20 pesetas.

Tiene en 28 de Febrero de 1913:

Ultima inscripción 154.810
Asociados efectivos 122.423
Cuotas en vigor 280.738

Capital (en Inscripciones nominativas y Deuda de 4 por 100 interior) pesetas 23.150.000

Capital, en pesetas efectivas 1.929.794

Núm. de Asociados en Gijón 655

Se publica un Boletín mensual detallando la marcha y gestión social.

Ninguna otra combinación ofrece ventajas ni garantías superiores las de esta Asociación chatelusiense.

REPRESENTANTE EN GIJON:

Calle de Dindurra núm. 11-3.º—decha.
(Anuncio autorizado por la Excm. Comisaría de Seguros.)